

5. En el corazón de la Obra (Jenner, verano de 1940)

La Residencia de Jenner

La Residencia de Universitarios de la calle Jenner nº 6 constituye, a mi entender, un hito importante en la historia del Opus Dei, por ser el centro donde por primera vez vivieron un número apreciable de miembros de la Obra. Tal vez no esté de más advertir aquí que vivir bajo un mismo techo, en centros donde se realiza la labor de formación del Opus Dei, no es ninguna obligación para sus miembros. De hecho, la gran mayoría viven con sus familias, o en otros domicilios a tenor del ejercicio de su profesión u oficio. Sólo un número reducido viven en esos centros, para ser mejor atendidos en su formación espiritual o teológica, o por razones concretas de actividades apostólicas.

Vale la pena

Antes de la guerra civil, en la antigua Academia-Residencia de Ferraz 48-50 no habían vivido más que tres miembros de la Obra: Ricardo Fernández Vallespín, director, y mi hermano Pedro y Paco Botella, como residentes. El Beato Josemaría no llegó propiamente a residir en Ferraz, aunque pasaba muchas horas allí. No hubo realmente una administración llevada por mujeres que se encargaran de las labores domésticas: la madre y la hermana del Padre no se ocuparon de esas tareas en Ferraz, y tampoco las mujeres de la Obra estaban por entonces en condiciones de atender esas necesidades. Sólo había una señora que preparaba las comidas y se ocupaba de la limpieza de forma muy genérica, trabajando unas pocas horas al día.

Buena parte de los cuidados materiales de la casa los atendían el Fundador y los tres que acabo de citar, pues tampoco había dinero para contratar personal. Ellos preparaban desayunos, hacían camas cuando los demás residentes estaban fuera, completaban la limpieza, etc. Los otros miembros jóvenes de la Obra, como Juan Jiménez Vargas, Álvaro del Portillo y José María Hernández de Gar-

Vale la pena

nica residían con sus familias y sólo podían echar una mano esporádicamente, sobre todo en días de fiesta o vacaciones, cuando sus obligaciones estudiantiles se lo permitían. Finalmente, había un botones que atendía la puerta y el teléfono algunas horas.

Los que vivíamos en Jenner

Por lo pronto, digamos que éramos unas cincuenta personas. En primer lugar, el Fundador del Opus Dei, su madre Doña Dolores, sus hermanos Carmen y Santiago; Álvaro del Portillo, de cuya personalidad, bien conocida, he dado ya una breve noticia biográfica; Justo Martí [1], abogado de 28 años, a la sazón el director de la Residencia, popular entre los residentes porque recién terminada la guerra civil fue alcalde de su pueblo, Oliva (Valencia); e Isidoro Zorzano, ingeniero industrial, antiguo compañero del Padre durante el bachillerato en Logroño, que en aquel verano era administrador de la Obra y de la Residencia.

Vale la pena

Otros residentes eran Ricardo Fernández Vallespín, arquitecto; Juan Jiménez Vargas, médico; José María González Barredo [2], que me parecía muy mayor por sus 34 años y su título de catedrático de Instituto; mi hermano Pedro; Francisco Botella; Vicente Rodríguez Casado [3], de 23 años, que llegaría a fundar la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla y la Universidad Hispano-Americana de la Rábida; José Luis Múzquiz, ingeniero de Caminos, al que ya me referí en páginas anteriores; Rafael Calvo, de 24 años, valenciano; Francisco Ponz [4], al que guardamos especial afecto quienes le hemos tenido muchos años como rector en la Universidad de Navarra; Juan Antonio Galarraga [5], químico y farmacéutico; Jesús Larralde [6], que tenía 19 años y con el tiempo se convertiría en maestro de farmacéuticos y decano de la Facultad en la Universidad de Navarra. Y seguramente algunos pocos más que ahora no acierto a recordar.

Naturalmente estaban también otros residentes no pertenecientes al Opus Dei, como Emiliano Amann, arquitecto que más tarde proyectaría la casa de retiros de Islabe, junto a

Vale la pena

Derio (Vizcaya), y se incorporaría a la Obra; Ángel Galíndez, estudiante en la escuela de Ingenieros Agrónomos y años después presidente del Consejo de Administración del Banco de Vizcaya; Carlos Arencibia, químico, que más tarde jugó de delantero centro en el Athletic de Bilbao, aunque sin ficha profesional, tal era su clase futbolística; Rafael Garamendi, que empezó preparándose para el ingreso en Arquitectura y luego cambió su orientación profesional por la abogacía; Alfredo Carrato, más tarde catedrático de Medicina; y algunos otros, como Smith, cuyos nombres se me borran después de medio siglo; que ellos y los lectores me perdonen.

Tres empleadas de hogar, o quizás alguna más, ayudaban a Doña Dolores y a Carmen en las labores domésticas; no sé si vivían en la Residencia, más bien me inclino a pensar que no. Algunas veces he ponderado el trabajo tan ingente que llevaban adelante en Jenner la Abuela y Tía Carmen, con tantos hombres a su atención y tan pocas personas que las auxiliasen.

Aunque era verano, la Residencia estaba casi llena. La razón era que al acabar la guerra,

Vale la pena

después de tres años con las Universidades cerradas, la necesidad de cubrir los muchísimos huecos de profesionales producidos por muerte en una y otra zona, y por el exilio, había movido a las autoridades a disponer que, desde octubre de 1939 al octubre siguiente, se desarrollaran dos cursos para todos aquellos que habían perdido escolaridad. Naturalmente, el esfuerzo de los estudiantes se prolongó durante el verano con el mismo ritmo que en el invierno. Además, muchos estaban todavía movilizados y tenían que compaginar sus estudios con el servicio militar. El espectáculo de ver a todos aquellos universitarios estudiar de modo tan intenso en verano resultaba para mí un tanto sorprendente y hasta divertido, puesto que no me afectaba directamente. A veces me inspiraba conmiseración. Alguno que otro comentaba en el desayuno que había pasado la noche de claro en claro para poder terminar de leer el manual correspondiente al próximo examen. No necesitaba hacer demostraciones, pues sus ojeras delataban el esfuerzo nocturno.

Los que vivían con sus familias